

# Javier Sayago: el horado del entierro.

Autora: Zuhé.

Años de antaño, en los alrededores de mi casa.

No era tan joven, virtuoso e insensato, simplemente un poco menos viejo de lo que soy ahora. De mi casa vista bella que diviso a cada día, genera en mí extraordinaria energía y arrulla en momentos catastróficos. Caminaba entre el vasto jardín de la Sierra, en donde un día desaparecieron mis seres queridos, le parecerá extraño a usted que me escucha, pero de esta voz que imagina en su cabeza le concedo aquel recuerdo: los encantos son un misterio, fuerza poderosa, mística y de matices anímicos. Entre ellos debo respetar la decisión de los vientos y nubes, que en algún momento arrastraron a mi familia al centro de sus poderes, extinguiéndose frente a mis humanos ojos. Simplemente se esfumaron, padres y hermanos, entre la neblina. En mi pensar cotidiano el motivo de su partida no atormenta en lo más mínimo, existe la tradición desde hace generaciones de explorar las amplias montañas, en donde exquisitas criaturas se avistan y hasta los mensajeros de los dioses rezan a las lagunas. Convencido estoy de que su pureza y conexión con la tierra se los llevó de mi

lado. En cambio me atormenta el quedarme solo, como si fuese una misión el encontrarlos, con las mismas edades, mismas apariencias de la enigmática vivencia.

No era rico ni acaudalado, pero el paisaje me hacía sentir libre. Siempre cauteloso por donde piso, con reajo en mano y mis llevadas botas de caucho. No vaya a ser que entre las piedras se encuentre una madriguera, de una de tantas vidas de pequeños conejos, que han nombrado a este páramo que transito: El Páramo de Los Conejos. Sigo con la misión heredada, caminando entre valles, tierra fría. Se hace de noche y mi guía es la intuición entre tanta neblina. Me he esforzado por un tiempo en recorrer las cuevas, que de tantas veces oigo, son mágicas y misteriosas, pienso de hecho, que cualquier aspecto de este paraíso lo es. Llevo para prender el fuego, mascar chimó y un calentaíto. Ya me comí una arepa y me tomé un guarapo antes de iniciar el camino. Mi meta es volver en la mañana para tomarme el primer café, doble y sin azúcar, como es que es bueno.

Me encuentro a Juan Pablo, dueño de la tierrita de al lado, por allá por mi casita. Carga un bastón que hunde cada vez que avanza, me divisa y apronta el paso para cortar la distancia. Lo saludo como de costumbre y él me saluda de vuelta, ¡tocando el sombrero! ni una mínima palabra. Vamos en caminos contrarios; el hacia abajo y yo hacia arriba. Nos perdemos lentamente entre la bruma, siguiendo cada cual a su destino. En esa mínima interacción cae el sol completamente, el tiempo avanza apresurado y parece que estoy corriendo. Me caigo en una zanjita

y no hay nadie a mi lado, todo el terreno está encharcado, ahora estoy cundi'o de barro. Yo siempre he dicho que *me resbalo en lo seco y me paro en lo moja'o*, por eso no es problema reincorporarme al hábito caminar. Huele a bosta de vaca y frailejón, el suelo es inestable por donde ande. Este paseo se está tornando complicado, a lo mejor hubiera sido bueno traerme al caballo, o a la mula.

El monte poco a poco se termina. Estoy descendiendo por una ladera, el terreno rocoso facilita el poder apoyar los pies. Esto no se parece a Los Corredores, ni a ningún otro paraje, pero a algún lado me llevará. Se va haciendo más profundo y el aire cambia, se vuelve más denso. Prendo la lamparita y todo lo que veo son mis pies, pisando piedra; y la neblina. Continúo avanzando, un olor a humedad me inunda, ¿viene del suelo? ¿debajo de las rocas? ¿hacia el frente? Allí es cuando me doy cuenta, tal vez es una mina, un río subterráneo, o la montaña me ha enseñado un escondite. Como sea, estoy dispuesto a explorarlo, ya que estoy envuelto entre su encanto.

Pido permiso para entrar, recitando algunas palabras para mí mismo. Una bocanada rápida extingue la pequeña llama, no puedo ver nada. De uno de los bolsillos saco palpando la cajita de chimó bravo, depositando un poco en el suelo, a modo de ofrenda. Se genera un ambiente aterrador, de espera, que elimina cualquier olor y sonido que haya percibido antes. Al rato de una oscuridad espía el viento se suaviza y la neblina lentamente se disipa,

llegando a ver a lo lejos un poco de luz de luna. Me adentro a la oscuridad, decidido. Con miedo y sed de aventura.

Llevaba tal vez poco más de una hora en camino, lejanas ya no eran las paredes, el techo parecía eterno, no había guía que seguir, más que la luna, que de alguna forma se había colado desde el cielo, pero no había nubes, ni estrellas, ni rastro de rocío, viento, lluvia o neblina. El aire era seco, y el silencio insoportable. No era audible ni mi respiración, como si no existiera. Cada tanto volvía atrás mi mirada, con la sensación de que había algo siguiéndome, en este; un solo camino. No había bifurcaciones hasta ahora, en un punto el descenso se había atenuado, exigiéndome caminar en travesía, con tierra seca, polvo seco, que se levantaba a cada pisada.

Calmé mi paranoia, pues era imposible que en este pasaje me hubiese chocado con lago, pues estaba completamente abandonado, y sorpresivamente limpio. Había escuchado hace mucho tiempo, que algunas de las cuevas del páramo místico salían a otras zonas de la misma montaña, que recorrían gran extensión de la Sierra La Culata, como un laberinto, se interconectaban las cuevas. Estoy seguro, que muchas de esas zonas han sido bloqueadas, tal vez por los mismos espíritus, aquellos que son probablemente los que mantienen limpio este lugar, y los que desde que llegué me han estado observando. Desde los cielos y desde el suelo, por las extensas paredes de este lugar sin fin.

No me siento cansado, ni asustado, comencé a tocar el techo con las manos, pero aún veo a la luna distante. Encontré hace unos minutos un lugar ancho para sentarme, y al levantarme nuevamente, el límite superior había bajado unos centímetros, como si la roca tratara de encerrarme. Entre más camino he recorrido, más angosto se hace todo, ya no puedo extender mis brazos, las paredes me tocan hombro a hombro.

Las bifurcaciones comienzan, unidos a las curvas extrañas del terreno, que se retuercen y cambian de sitio, redoblan las esquinas, desafiándome a superarlas. Pero ninguna lleva a ninguna parte, y me toca volver en el camino. Dejo que la luna me guíe y luego de horas buscando, al pasar una pequeña subida de tierra, encuentro un agujero en la pared, una especie de arco con un escalón. Y decido entrar en él.

Se retoma el descenso.

Durante más de cien metros, en un claustro helado me cubre la penumbra. Termino de bajar, piedra por piedra, escalón por escalón, y unas cuantas resbaladas en la tierra. En este lugar el camino se extiende, recorriendo cuantiosos kilómetros de grava y arena, desde donde reaparece la luna. Y con su aparición, escucho una voz, la voz de Pedro. Pero el pasaje es muy estrecho y no puedo alcanzarle.

El Señor Juan Pedro se encuentra al otro lado de la roca.

- Qui' hubo Pedro!

- Qui' hubo Sayago!

- Una gruta de lo más espantosa.

- ¡No sé cuántos días llevamos aquí!

- ¿Usted ha estado conmigo?

- Lo seguí señor Sayago desde que lo vi entrar a la cueva, lo vi desde el techo, desde donde usted observa la luna.

- La luna nos persigue, se ha metido a la gruta.

- ¿no lo ha visto señor? Yo bajé con ella.

- ¿Cuándo ha bajado?

- Ayer mismito Sayago, ayer mismito.

- ¿y por qué entró de ese lado de la pared?

- no se preocupe Javier, yo puedo atravesarla.

- ¿es usted mismo?

- yo que usted no me como ese cuento, ¡venga y le enseño el camino!

Juan sonríe de una manera extraña, con la misma expresión; bestial, animal, perdida, rara. Voltea. Su figura se desintegra.

Lo que era Juan en ese momento no era humano, tenía tal vez su forma, tal vez su rostro, olía a humedad y lo seguía la luna. Ni siquiera era Juan, parecía más bien un dibujo o reflejo, como

un conejo plateado, hijo de la madre Chía, como una proyección. No tenía su bastón, no poseía cuerpo. Era su voz, definitivamente era su voz. Y no una voz de cuando se murmura dormido, lo que salía de su cuerpo era claro y de buen volumen. Desde su figura también crecía algo, sobresalía, le hacía ondularse. Era una nube, una nube blancuzca, que a primera vista me habría aterrado si el rostro no fuese tan convincente. El silencio me tiene intrigado. Ahora veo a Pedro de espaldas, ya no me sonrío. Estoy en el mismo lugar, petrificado. Mentalmente tomo una decisión arriesgada, el encontrar por mi cuenta el camino. Como si escucharan mi pensamiento, Juan y la luna, La Luna y Juan, se alejan unificados, manteniéndose de espaldas. Ambos desaparecen, dejándome solo.

Seguí, palpando la pared. Mientras no haya una subida pronunciada eso me indica que el camino ha cambiado, que no voy en reversa. Pero con estos tramos nunca se sabe, pueden ser obra de cualquiera. El “señor Pedro” tenía razón, llevo días encerrado y me hace falta un cafecito. Debo admitir que después de todo esto, me provocó echarme una siestica, tal vez para que las piernas amortigüen, o tal vez para pasar el susto de la luna...

Desperté con el aroma de un clarito, y me di cuenta de que mis ojos distinguían la luz, era la luz del día, finalmente un poco de luz de sol. Pero no estaba en la casita, seguía en la gruta. Entonces, ¿en dónde se estaba haciendo el cafecito? Enfoqué la vista y moví la cabeza, había dos hombrecitos sentados, hablando ridiculeces en una lengua que no entendía, ¿cómo sabía que eran

ridiculeces? Porque cada tanto se reían, a carcajadas y carcajadas, y yo también me reía, mientras ellos me miraban. No podía moverme. De un momento a otro los hombrecitos oyeron caer algo y huyeron, con todo y el café.

Unos cuantos días pasaron sin yo poderme mover, oscurecía y amanecía y en eso logré ver muchas escenas extrañas. Criaturas místicas, voces de la nada, peleas y misiones de duendes y hadas, animales de muchos lados. Me observaban y seguían su jornada. Hasta que, en una de ellas, un bicho que se arrastraba se acercó y me mordió el dedo, ¡que vaina! justo con el que sacaba el chimó. Esa mordida acarreó un dolor intenso, el bicho campante se regodeó frente a mí y se deslizó lejitos, perdiéndose en la oscuridad de la roca, metiéndose entre las grietas. Volví a caminar al cabo de un rato, y ¡la sensación que me provocó el insecto fue fenomenal! Corrí a más no poder, hasta llegar a una intersección. En una había luna entre las piedras, en la otra había luz de día, me fui por donde escuchaba el agua, quién sabe cuál de las dos sería...

La humedad se intensificaba y el techo bajaba como aquella vez, pero estas piedras tenían un color arcilloso, y un aspecto mohoso en algunas zonas. El sitio ahora era fango. Arcilla, lodo, fango, mas mis pies seguían tocando el suelo firme. Era como si la cueva fuese circular, al menos en la forma del pasillo, a veces se despejaba, y dejaba entrar la claridad, otras, escuchaba pisadas.



Las pisadas se intensifican, escucho paticas, miles y miles de paticas, están por todos lados y comienzan a volverme loco. Conejos saltando por las paredes, conejos caminando por el techo. Adorando a una figura de barro. La tierra compacta se vuelve lodosa, desenmascarando lo que parece una vasija enorme, que resulta similar a un entierro aborigen. No soy capaz de quitar la tierra, no soy capaz de desenterrarla, ¡de profanarla! Entre los huesos y pertenencias, los restos del difunto; una voz comienza a hablarme. No entiendo lo que dice pero comienza a atraerme. A incitarme a acercarme. A comer uno de esos conejos, que no dejan de mirarme.

Los conejos se retuercen, se transforman y perecen, una y otra vez frente a mis ojos, adquieren formas y colores que no he visto viviendo en el campo, y que aún creo se atribuyen solo al monte. Desesperado por el caos, mi cuerpo apacigua sus ansias de comer, dándole un mordisco a un conejo que caía en el piso, exhausto de bailar. Y le salía sangre. Mientras lo chupaba descubrí que el fluido sabía a pasto, a alguna rama seca que antes había probado, en esta ocasión dicho sabor se juntaba con fango y una textura suave, esponjosa, que me hacía olvidar el propósito de mi visita y querer conversar con la luna durante horas y horas, hasta que viniera a llevarme afuera, justo como el holograma de antes. Pero al finalizar de comerlo, en el tramo sobrante cuando llegaba al tallo, todos los conejos se habían convertido en hongos, grandes y pequeños, adornando el suelo. Ellos me hablaban y reían conmigo, mientras yo daba el último mordisco, que como un

anzuelo me picó la lengua. Ahora el cuerpo me quemaba y se contorsionaba, como el animal que casi regurgito.

Pasó mi guía serena. Ya no con la forma del señor Juan, sino que bajó como un cielo, a regalarme al viento como mi nuevo protector. Le agradecí ameno, y me devolvió una sonrisa, estando ella en creciente, y se retiró, haciéndose lejana.

Mis pasos anduvieron por un tiempo, tiempo largo, tiempo eterno, tiempo que no existe. Mi olfato recibiendo la variedad de aromas que me había perdido. Mi mente escuchando voces de todos lados, yo comunicándome con ellas. Ahora podía escuchar el viento, y empatizar con las plantas. El tacto y la vista, los únicos sentidos que nunca me dejaron, me acompañaron en la nueva travesía, siendo ahora más agudos. Abrí la cascara de cambur que aún guardaba en el bolsillo. Le regalé al entierro lo que me quedaba de chimó, a modo de despedida. Y como un encanto después de muchas horas volví a oler la bosta y el frailejón, encontrando mi camino a casa.